

Tóxica

No hay castigo peor que quedarse en el cole después de la salida, al menos en mi caso. Hablé un poco en clase, no fue demasiado. De nada me sirvieron las excusas, el profe me castigó y debo quedarme ayudándole a revisar exámenes hasta las seis de la tarde.

Mi mejor amigo no pasó, ni mis otros “compas”, ni ninguna de las chicas. Mi examen no me dejó revisarlo, era obvio. Seguro que tampoco lo pasé. De todos modos busqué mi nombre, Fabián, por todos los nombres escritos en grafito, por si se le había ido entre el montón. Pasé el dedo por la orilla de las hojas, me agrada sentir los grumos de los bordes.

De pronto, noto que el examen que ahora califico tiene respuestas muy interesantes en su desarrollo. No sé cómo calificarlo. No sé si está bueno o está malo. ¿Socialismo? ¿Qué era eso? Ah, debe de relacionarse con aquello de comunistas, eso de la ex – Rusia y demás. Claramente, la persona que lo escribió es partidaria. Habla con muchos sentimientos. Qué raro, yo no hago eso en las pruebas. Estas palabras me dejan un sabor agridulce. Volteo el examen para ver quién es. Por supuesto... Tenía que ser ella.

Su mismo nombre me causa un escalofrío: Aurora. Ha sido mi compañera desde primer curso y es, de verdad, extraña. Come sola, anda sola y tiene el descaro de sacar buenas notas para rajarlas con cara de orgullo, sin decir nada. Es demasiado callada. Sientes que sus ojos te juzgan, a pesar de que es “pura vida” con los pocos que le dirigen la palabra. En fin, Aurora... Es rara.

Mis amigos y yo la molestamos, de vez en cuando. Son bromas inofensivas, cualquiera se las aguanta, pero la muy delicada termina por echarse a llorar y correr al baño. Luego, vuelve a clases con la mirada más dura que una piedra.

Mientras ojeo su examen, deslizo la yema del dedo por la página blanca y una diminuta descarga azota mi piel. Unas cuantas gotas de sangre brotan y se quedan plasmadas en el papel.

Estoy enojado, no porque me corté, sino porque fue con *su* examen. Terminó de revisarlo, una pequeña parte de mí quiere ponerle todo malo y equiparar su nota con la que seguro me saqué yo, pero lo cierto es que sus respuestas son tan complejas que no me atrevo a calificarlas. Y sobre todo, siento que ella me observa.

Le pongo la nota máxima, me limpio el dedo en la camisa y me largo de la clase.

Llego a casa, sin ganas de hacer nada. La sensación agridulce aun palpita, no sé por qué. Y mi corazón late más rápido. Intento dormir, pero no puedo.

Al despertar, recuerdo lo que soñé. Era un campo de nieve, enteramente puro y limpio. En el centro, estaba ella, con un enorme y victoriano vestido rojo. En realidad, en el sueño no me causó nada, al menos nada malo. Y debo admitir que no se veía tan fea como siempre. Sí, algo bonita.

El día transcurrió pálido. No jugué ni participé en nada. Solo pensaba en que ella me estaba observando. Sentí temor, mis palmas sudaban, pero en cuanto giré mi mirada a ella, la encontré en su mundo. No se había percatado de mí.

Estaba sentada cerca del laboratorio, medio recostada en la banquilla. Leía calladamente un libro. Llevaba el pelo suelto, le rozaba los codos y cubría su cara como un velo; era tan negro que sentí que me absorbía. Me quedé observándola, percibiendo que, de una manera u otra, ella me veía a través de la cortina de pelo.

Lo que siento no es normal. ¿Por qué le doy tanta importancia? Eso medito durante todo el rato. Pronto, las clases terminan y nosotros nos vamos. Caminamos hacia la calle donde vive

mi mejor amigo y nos reunimos detrás del parquecito; discutiendo acerca de un paquete que tenemos que ir a recoger. Ellos comienzan a hablar, pero yo sigo pensando en ella.

Intento volver al tema. Todos están negociando. Hablan y ríen, intercambian bolsitas herméticas transparentes con trozos grumosos y compactados dentro. ¿Qué son? ¿Qué compran? Luego, me ofrecen.

-¿Y esto qué es? –pregunto.

-Tranquilo, mae, solo son *brownies*. Y de los buenos.

Una golosina me haría bien. Me los guardo. No me cobran, son un regalo. De seguro me han visto bajo mucho estrés. Hablamos de... Bueno, de lo que siempre hablamos, y regreso a casa.

Cuando llego a mi habitación, no tengo nada más en qué pensar. El cuarto tiene color a... Pues, color a Aurora. ¿Tiene eso sentido? Así es como es, estoy diciendo la verdad. Mi cuarto huele a Aurora, sabe a ella. Tengo que verla, aun me trastorna mi disparatado sueño.

Inmediatamente, busco mi anuario. Su apellido empieza con C, por lo tanto está al inicio... Sí, allí está. Una pequeña parte de mí se alivia, la otra se excita.

No, definitivamente no es fea. Es más, en la foto sale guapa. Qué estúpido que diga esto, cuando yo mismo siempre la basureo y disfruto de las risas de mis amigos y “compas” en cuanto la hago sufrir.

Algo surge dentro de mí. De repente, quiero tocarla. Quiero oler su piel, abrirla el cráneo y vestirme con sus pensamientos. Quiero hundirme en ella, en ella entera. Quiero morderla y que sangre, un hilo cálido de sangre solo para mí...

¿Pero qué me pasa? ¿En qué estoy pensando? Maldita bruja, ¿qué me has hecho? Cierro inmediatamente el anuario, calmo mis necesidades lascivas y, en completa desesperación, me trago unas cuantas golosinas.

Definitivamente, no eran solo *brownies*, pero guardo el resto con cuidado, porque me resultan vigorizantes.

Amanece pronto y, con solo llegar a clase, mi pulso se acelera. Aurora lleva hoy una sudadera roja holgada. No es permitida, pero ningún docente le dice nada, porque le tienen respeto. La veo y me siento avergonzado. Su cara, sabia e inexpresiva me amenaza, me hiere. Ella sabe lo que estoy pensando, ella lo provoca con esas estúpidas manías de actuar inocente y débil. Se merece todo lo que la he molestado e insultado.

Pero su rojo, su sudadera, su sangre...

¿Qué me ha hecho? ¿Por qué pienso estas cosas? ¿Por qué? ¿Qué clase de maleficio me has echado encima en cuanto me corté? En ese momento, cuando por sangre en su prueba, me uní a ella y me lleva a rastras.

Empiezo a sudar y procuro distraerme el resto del día. La menciono apenas y, con desdén, en las bromas diarias de mis amigos, pero en realidad, mi mente abarca más.

Al terminar el día lectivo, no me reúno con nadie. Corro a casa, tengo que llegar, tengo que verla.

Llego a mi cuarto y tomo de nuevo el anuario. Anoche lo había dejado bien escondido, entre los libros más polvorientos. Lo tomo y busco la página, su página. Tocó suavemente la hoja laminada. Le recorro el cabello, la toga, como si pudiese palpar toda la textura albergada. Casi puedo sentirla. Alzo el libro y me lo paso por la mejilla, por la comisura de los labios e intento oler lo que pueda. Quiero que las ondas de su cabello me envuelvan, quiero apresarla y que ella se deje, que me mire. Que se dé cuenta de mí.

Cierro mis ojos y mis sentidos se virilizan, se endurecen. Suelto el anuario y me desquito furiosamente con mi cuerpo.

No puedo dormir, pero la noche avanza rápido. Otra vez, soñé con ella. Soñé que me zambullía en Aurora, una y otra vez, y nos rodeaba una habitación clara. Ella irradiaba calor, traía el vestido rojo y enorme. Yo solo quería quitárselo. A pesar de lo hermosa que se veía en él, se vería más hermosa tendida en el piso blanco.

Me sacudo de mis pensamientos. Llego al colegio y sigo cubierto en ellos. Ella no puede saberlo, ni mis amigos sospecharlo. Decido tomar todo el contenido de las bolsitas. Me como las golosinas enteras, esperando despedirme de todo esto.

La droga comienza a hacer efecto a primera hora. Empiezo a ver pantallas negras intermitentes, también pirámides verdes, moradas y color Aurora. Quiero vomitar. Corro al baño de hombres, pero no logro llegar a la taza y termino en el suelo. El suelo frío, de cerámica, congela la mitad de mi rostro. La presión puja por mi garganta y empiezo a adormecerme.

Las pantallas negras corren más rápido, como una cinta de películas que se empieza a quemar. Hay una silueta que se acerca, no veo bien. Pero es ella, estoy seguro de que lo es. ¿Por qué entra al baño de hombres? ¿Sabía que estoy aquí? No es posible, no le dije a nadie, no podían saberlo.

No pienso más y regurgito.

Ella, que es alma manipuladora, sonrío y se agacha, sus rodillas rozan mi vómito. Es una sonrisa macabra, no es buena ni caritativa.

Me mira, en deleite, y extiende la mano hacia mí, y me toca.

De repente, mi cuerpo se entumece. Mi mareo se multiplica. Me fustigan terribles ardores. Y ella sonrío, sonrío... Y me guiña el ojo.

La bruja quiere matarme y yo la quiero a ella, punto. Se aleja lentamente, camina con engaño y seducción. Finalmente, me deja. Mi visión se apaga y me duermo, hechizado, en el charco.